

CICLO ESPIRITUALIDAD SINODAL

2

ESPIRITUALIDAD SINODAL: **ALMA DEL CAMINAR ECLESIAL**

Daniela Cannavina





Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (Celam)

Centro para la Comunicación (CPC)

Daniela Cannavina

Avenida Boyacá No. 169D-75

Código Postal 111166

PBX: 601 484 5804

www.celam.org

Bogotá D.C., Colombia

Agosto, 2026





Daniela Cannavina

Religiosa Capuchina de Madre Rubatto, de nacionalidad argentina. Profesora en Ciencias Religiosas por el Instituto Lumen Christi (Córdoba, Argentina), Bachiller y Licenciada en Teología por la Universidad Católica Argentina - UCA (Buenos Aires) y Doctora en Teología por la Pontificia Universidad Bolivariana - UPB, (Medellín Colombia). Integrante del Equipo de Teólogos/as de la CLAR (Confederación Latinoamericana de Religiosos/as) y miembro del Equipo Continental de Implementación sinodal del Celam (Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño).

Hijos de Dios. Los Hijos del Amor.
Los Hijos del Espíritu, como hijos del Viento,
caminan a su aire, libres, sueltos, ágiles, andarines ...

-Glosa libre a José Fierro-



Cuando la Secretaría General del Sínodo de los Obispos nos regaló el texto titulado *Hacia una espiritualidad para la sinodalidad*¹, nos ayudó a detenernos con hondura en una intuición decisiva: la sinodalidad no puede comprenderse ni vivirse sin una espiritualidad que la anime y la fecunde desde dentro.

El camino sinodal no es, ante todo, una cuestión de procesos, métodos o estructuras. Es una invitación a habitar la vida de otro modo: situándonos ante Dios, ante los demás y ante la misión con

1 Secretaría General del Sínodo de los Obispos: www.synod.va



un corazón disponible, una escucha profunda y la libertad de quien se deja conducir por el Espíritu. De este modo, cultivar una espiritualidad sinodal no es algo accesorio, sino una condición que hace posible que el camino compartido genere vida, sea verdaderamente humano y profundamente evangélico, tomando cuerpo en relaciones reconciliadas, en una escucha recíproca y en una misión compartida.

A medida que nos dejamos introducir en esta espiritualidad, algo también se va ensanchando por dentro. La mirada sobre la Iglesia se vuelve más amplia, más habitada por el Espíritu. La fe y la vida dejan de transitar por caminos paralelos: lo que vivimos ilumina nuestra comprensión del Evangelio, y la Palabra va dando sentido a la experiencia, la purifica, la orienta y la hace madurar.

Así, poco a poco, aprendemos a reconocer la acción discreta del Espíritu, que sigue conduciendo a la Iglesia con paciencia y delicadeza. Él despierta en nosotros un amor cada vez más hondo por la persona de Jesús y va modelando un modo nuevo de ser



Iglesia: una Iglesia que crece en comunión, ensancha la participación y mantiene siempre la mesa extendida, donde nadie sobra, nadie queda fuera y cada persona encuentra un lugar desde el cual compartir el don recibido. Una Iglesia donde resuena, como un eco del Evangelio, la invitación tantas veces repetida por el papa Francisco: “En la Iglesia hay lugar para todos, ¿verdad?... Todos, todos, todos”².

Es precisamente desde esa experiencia eclesial que comprendemos que la sinodalidad no es, ante todo, un modelo organizativo ni un proyecto de reforma eclesial. Es una forma evangélica de vivir y de caminar juntos. Brota de mujeres y hombres que se saben discípulos del mismo Señor, se reconocen compañeros de camino, aprenden a escucharse con respeto, se dejan interpelar por la palabra del otro y confían en la acción del Espíritu que va tejiendo vínculos nuevos y despertando caminos que todavía no imaginamos. Por ello, estamos llamados a redescubrir y habitar con mayor hondura la dimensión comunitaria del Evangelio. El seguimiento de Jesús nunca es un camino solitario: nos reúne, nos configura y nos envía siempre con otros.

Sin embargo, durante mucho tiempo el singular ha predominado en exceso en la espiritualidad cristiana, como si la fe, el seguimiento de Jesús y el discernimiento fueran, ante todo, asuntos individuales. El plural, en cambio, ha encontrado más resistencias: no siempre nos reconocemos diciendo que “somos nosotros” quienes creemos, seguimos al Señor, discernimos su voluntad y somos enviados por Él. Redescubrir la fuerza del nosotros es una de las conversiones más profundas que nos propone la sino-

2 La expresión «Todos, todos, todos» se hizo mundialmente conocida por el Papa Francisco durante la Vigilia con los jóvenes de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en 2023, en Lisboa.



dad. Solo entonces comprendemos que toda vocación es también convocación: una llamada personal que nos incorpora a un pueblo y nos invita a caminar juntos.³

En este horizonte, una espiritualidad sinodal madura –tal como ha sido reimpulsada en el camino del Sínodo sobre la sinodalidad convocado por el papa Francisco– introduce verdaderos desplazamientos interiores que no son solo ajustes metodológicos, sino pequeñas conversiones cotidianas del modo de vivir la fe:

1. Del ideal de armonía-uniformidad al conflicto habitado: la sinodalidad no busca suprimir las tensiones, sino reconocerlas como lugar teológico. El conflicto, cuando es asumido en clave evangélica, deja de ser amenaza y se vuelve espacio

3 Francisco José Ruiz, SJ. El discernimiento en común. Aportación ignaciana a la sinodalidad. Cristianisme i Justícia, 2026, 23.



donde el Espíritu puede abrir caminos inéditos, haciendo fecunda la diferencia.

2. De la participación formal a la implicación existencial: no alcanza con “estar” o “tener voz”. La espiritualidad sinodal pide exponerse, dejarse afectar, comprometer la propia vida. Participar es implicarse, entrar en un proceso donde uno también es transformado.
3. De la centralidad de la palabra a la densidad del silencio: no todo se resuelve hablando. El silencio se vuelve un lugar espiritual imprescindible, donde la palabra se decanta, se purifica y se abre a una escucha más profunda.
4. De la búsqueda de claridad a la aceptación de la ambigüedad: la fe madura aprende a sostener procesos, a habitar lo inacabado, a permanecer en zonas grises donde el Espíritu sigue obrando más allá de nuestras seguridades.
5. De la autorreferencialidad a la interdependencia: la Iglesia descubre que no se comprende desde la autosuficiencia, sino desde la relación, en diálogo con la historia, las culturas y los clamores del mundo.

Estos desplazamientos solo son posibles cuando aprendemos a vivir según el Espíritu, dejándonos conducir por él, en medio de un mundo con profundas fracturas sociales, culturales, religiosas y personales, que no están simplemente fuera de nosotros para contemplarlas como en un escenario, sino que atraviesan por el centro de nuestra existencia. El Espíritu de Dios es uno y el mismo en toda persona, entrando en cada situación y asumiéndola en un diálogo permanente con el entorno. Él no crea relaciones de dominación ni de competencia sino de libertad, para que las dife-

rencias que encontramos sobre la tierra, como expresión de la inagotable creación de Dios, no se enfrenten, sino que se reconozcan y abracen⁴.

El Documento Final del Sínodo lo expresa con lucidez: "Una espiritualidad sinodal brota de la acción del Espíritu Santo y requiere la escucha de la Palabra de Dios, la contemplación, el silencio y la conversión del corazón".⁵ En esas palabras se nos revela lo esencial de este camino: no aprender nuevas estrategias, sino dejarnos recrear por el Espíritu, que ensancha la mirada y abre en nosotros la capacidad de vislumbrar caminos nuevos, aún no transitados.

La sinodalidad comienza allí donde se aprende a escuchar. Un corazón que hace silencio para que la Palabra encuentre espacio; que se deja habitar por la contemplación; que acepta ser convertido una y otra vez; que renuncia a la necesidad de tener siempre la razón y descubre la alegría de buscar, junto con otros, lo que Dios va mostrando en el camino. Solo un corazón así puede caminar descalzo, en actitud de pobreza y apertura, discernir con otros y reconocer que el Espíritu habla también a través de la experiencia, la intuición y la palabra de los hermanos y hermanas.

Por eso, la espiritualidad sinodal no es un aspecto más de la vida de la Iglesia ni un complemento de sus prácticas pastorales. Es el aliento que la sostiene, el compás que marca su ritmo y la savia que fecunda sus vínculos. Es el modo silencioso en que el Espíritu va modelando una Iglesia más fraterna y disponible para la misión⁶.

4 Cfr. Benjamín González Bueta, SJ. Espiritualidad. Donde acaba el asfalto. Colección Programa Internacional de Formación de Educadores Populares, 13.

5 Documento Final del Sínodo de la Sinodalidad, n. 43.

6 No en vano, la parte IV del Documento Final del Sínodo sobre la sinodalidad se detiene en la "conversión de los vínculos", como clave del camino eclesial.



Quien entra en esta espiritualidad descubre que la escucha deja de ser una técnica para convertirse en una forma de amar. Escuchar ya no es solo atender lo que el otro dice, sino acoger su vida, reconocer su dignidad y abrirse a la posibilidad de que Dios se nos regale a través de su palabra. Por eso escuchamos la Palabra, escuchamos el clamor de la humanidad, escuchamos el gemido de la creación y escuchamos también la voz, a veces tenue y otras veces profética, de quienes caminan en las periferias de la historia.

Esta escucha transforma lentamente nuestra manera de vivir. Nos vuelve más humildes, porque reconocemos que nadie posee toda la verdad; más pacientes, porque aprendemos a respetar los



tiempos del Espíritu; más libres, porque dejamos de competir por el centro y el poder; y más disponibles, porque aprendemos a acoger el camino del otro sin afán de control.

Poco a poco, se nos va regalando una nueva mirada sobre la diversidad. Los distintos carismas, ministerios, culturas, generaciones y sensibilidades dejan de percibirse como obstáculos o amenazas para revelarse como una riqueza que el Espíritu entreteje con paciencia para el bien de todos. La comunión no nace de la uniformidad ni de pensar todos lo mismo, sino de dejarnos reunir por el mismo Espíritu, que armoniza las diferencias sin borrar la singularidad de cada uno. Como en un tejido, cada hilo conserva su color, su textura y su belleza; y es precisamente esa diversidad la que hace posible la belleza del conjunto.

Esta intuición encuentra eco en las palabras del teólogo Félix Placer Ugarte, quien recuerda que la espiritualidad sinodal “implica una amplia diversidad y pluralismo en los diversos contextos que vive la Iglesia”.⁷ Y la describe como una espiritualidad dialogante, compartida y profundamente relacional, donde las distintas espiritualidades se encuentran y se fecundan mutuamente, donde nadie se sitúa por encima de nadie y donde la autoridad solo encuentra su sentido cuando se hace servicio, especialmente hacia los más pequeños, al estilo del Evangelio.

En efecto, esta es la obra silenciosa del Espíritu: no uniformar, sino armonizar; no borrar las diferencias, sino transformarlas en posibilidad de encuentro. Allí donde aprendemos a recibir el don que cada persona aporta, la comunión deja de ser un ideal para convertirse en una experiencia que ensancha el corazón de la Iglesia y hace más fecunda su misión.

No cabe duda de que esta espiritualidad nos desinstala con delicadeza. Nos invita a soltar aquellas seguridades que, con

7 Cfr. Félix Placer Ugarte, publicado en *Religión Digital* (17.07.2023).



el tiempo, pueden volverse demasiado rígidas, para abrirnos a la novedad siempre sorprendente de Dios. Nos recuerda que el camino no está totalmente trazado de antemano, sino que se va revelando mientras caminamos, cuando aprendemos a confiar más en la acción del Espíritu que en nuestras propias previsiones.

Por eso, vivir la sinodalidad implica aceptar un continuo movimiento de conversión. Como señalan Rafael Luciani y Serena Noceti, la espiritualidad sinodal “nos exige asumir la actitud espiritual de “desplazamiento”, de salir de nuestros propios supuestos incuestionados, de los hábitos establecidos, de las tradiciones, para asumir la mirada del otro sobre nosotros y sobre la realidad eclesial, para acoger la posibilidad de habitar otros lugares, afrontar otros caminos, descubrir nuevas oportunidades”.⁸

Este desplazamiento constituye, en efecto, una auténtica conversión espiritual. No significa perder la propia identidad, sino permitir que el Espíritu ensanche el corazón. Es aprender a mirar con ojos nuevos, a dejarnos interpelar y enriquecer por la experiencia del otro, y a descubrir que Dios nos sorprende en cada recodo del camino, allí donde la vida abre sus pliegues inesperados.

En último término, la espiritualidad sinodal hunde sus raíces en la vida misma de Jesús, donde el Espíritu revela su modo discreto de acompañar la historia humana. Jesús eligió el camino del Siervo, y en esa elección se ilumina también el camino eclesial: caminar juntos en el Espíritu es aprender, paso a paso, el estilo de Jesús, su manera de habitar el mundo... ¡desde abajo!

Así pues, la espiritualidad sinodal se abre como participación en el mismo Espíritu de Jesús: un Espíritu que desarma las lógicas del poder, disuelve las tentaciones de la centralidad y del presti-

8 Rafael Luciani y Serena Nocetti, Sinodalmente. Forma y reforma de una Iglesia sinodal, PPC 2023, p. 289.

gio, y nos introduce en la alegría serena de una evangelización vivida como servicio humilde, cercano y profundamente misionero. En Él aprendemos a reconocer las sombras que atraviesan también la vida eclesial –la autorreferencialidad, el afán de protagonismo, la voluntad de dominio– y a dejarnos conducir hacia la otra orilla: la del servicio sencillo, la cercanía compasiva y la entrega sin reservas.

En definitiva, la espiritualidad sinodal es una mística de la comunión. Nace del encuentro con el rostro vivo de Jesús, se nutre en la escucha del Espíritu que susurra en lo profundo y se hace visible en vínculos que transparentan el Evangelio. Allí donde las personas se escuchan con respeto profundo, se dejan transformar mutuamente y buscan juntas el querer de Dios, la Iglesia recobra una de sus expresiones más bellas: la de un pueblo que camina unido, sostenido por la gracia y enviado al mundo como transparencia del Reino.



Visite <https://sinodo.celam.org/>

